¿Qué los grandes y verdes platanares
Que fresco el viento vagaroso mueve,
Si nos separan los inmensos mares?

¿De qué me sirven los jacintos rojos,
El lirio azul y el loto de la fuente,
Si no los han de ver aquellos ojos,
Si no han de coronar aquella frente?

Por último, señores, y para concluir este ya cansado estudio, diré que, á mi juicio, la filosofía toda de Carpio, tomando la palabra filosofía no en el sentido de la inquieta investigación de la verdad, sino como criterio de nuestra inteligencia, sabiduría de nuestra vida y guía de nuestra conducta, se encuentra admirablemente compendiada en el siguiente soneto, con que termina sus poesías sagradas, que parece haber salido de la mística pluma de San Juan de la Cruz El último grito del hombre, aun del hombre rebelde, cuando la mano de Dios no le ha abandonado por completo, es siempre un grito de adoración, de sumisión y de respeto, ¿con cuánta mayor razón no debe serlo el postrer gemido de un alma tierna y piadosa:

Yo tengo un Padre allá en el alto cielo,
Que á los hijos de Adán ve con ternura
Y, si les da su copa de amargura,
Les da también su celestial consuelo.

Tengo un Hermano que en el triste suelo
Por el hombre vertió su sangre pura,
Y aquel Consolador que en gran ventura
Cambia las tibias lágrimas y el duelo.

Hoy que me hace llorar naturaleza,
Y me cerca de sombras y de horrores,
Me vuelvo á tu benévola grandeza.
Y si á tí no dirijo mis clamores,
¿A quién he de ocurrir en mi tristeza?
¿A quién he de ocurrir en mis dolores?

Conocido ya, en cuanto la brevedad del tiempo y la cortedad de mis talentos lo han permitido, el elemento que predomina de una manera casi exclusiva en las poesías de Carpio, y que comunica á sus obras un carácter especial, haciendo brillar en ellas una admirable unidad de pensamiento, tiempo es ya de que nos preguntemos: ¿cuál es el puesto que en justicia le corresponde entre nuestros poetas líricos contemporáneos? ¿Tienen sus composiciones poéticas un mérito real que las haga durables y que aumente el brillo de nuestra literatura nacional? ¿Será verdad, como algunos han dicho, que correspondiendo á otros ideales, que pasaron para no volver, esos hermosos versos, que fueron el encanto de una generación próxima á extinguirse, serán arrebatados por los vientos del olvido?

No sé realmente lo que deba contestar á estas preguntas. Refiriéndome á mis sentimientos personales, diré que admiro sin reserva el carácter moral de Carpio; que para mí es de donde procede su originalidad poética, no sólo porque fué formado con las enseñanzas cristianas que constituyen el consuelo y las esperanzas de mi vida, sino también, y esto es lo que más importa cuando de la belleza artística se trata, por la pofunda y constante sinceridad que se revela en todos sus escritos y que da fuerza, vigor y vida á todos los sentimientos que conmueven su alma y que comunica á sus lectores. En Carpio el hombre es el poeta y el poeta es el hombre.

Hay épocas desgraciadamente en la historia, en que la sinceridad es una rara y extraordinaria virtud. Fórmanse, á veces, ideas ficticias, sentimientos artificiales que en nuestra ceguedad tomamos como la expresión sincera de lo que pensamos ó sentimos. Todos, más ó menos, solemos participar de este estado de perturbación moral, tomando como una situación permanente de nuestro espíritu lo que sólo es un desfallecimiento pasajero de nuestra fe, la agitación tumultuosa y transitoria de nuestras pasiones ó una ilusión de nuestro amor propio. Encontramos ó creemos encontrar cierta apa

rente grandeza en colocarnos, como individuos ó como pueblo, fuera del círculo de verdades, que á ratos nos parece estrecho, en que por tantos siglos se ha encerrado la vida de la humanidad. De aquí nacen en filosofía las dudas, las incertidumbres y las contradicciones, y en poesía y en todas las bellas artes, las concepciones poco vigorosas, los sentimientos falsos ó exagerados, las expresiones hiperbólicas y la falta de un criterio cierto y seguro para comprender y estimar la belleza verdadera. El poeta puede, es verdad, colocarse en situaciones excepcionales, y esto es precisamente lo que constituye el elemento dramático del arte; pero lo excepcional debe encontrarse en las circunstancias exteriores que tienen su origen en las múltiples y variadas relaciones de la vida, no en el sujeto en quien reside la facultad de pensar y de sentir. Si lo contrario sucediese, el poeta aparecería como un sér extraño á los demás y su voz se perdería en el vacío sin encontrar un eco en el corazón de los otros hombres.

Cuando con más ó menos claridad este es el espectáculo que de ordinario se presenta á nuestra vista; cuando observamos tendencias muy marcadas á apartarnos de la sencillez sublime que constituye la verdadera poesía, porque buscamos también la comple-

jidad en vez de la simplicidad de las pasiones; cuando solemos dejarnos deslumbrar por la descripción de sentimientos artificiales y por lo mismo falsos; grato es para nosotros dirigir nuestra mirada hacia atrás, y contemplar una existencia tan llena, tan armónica, cuya unidad no fué jamás interrumpida, reflejándose en la obra imperecedera del poeta.

Bien sé que Carpio no es uno de aquellos poetas de primer orden, como Homero y Dante, que pertenecen á todas las épocas y á todas las civilizaciones, ante cuyo altar se arrodillan atónitos los hombres de todas las edades, pero sé también que la crítica le ha señalado un lugar excelso entre nuestros poetas descriptivos; [1] sé también, y esto vale para mí más todavía, que su nombre ha sido ensalzado y bendecido durante muchos años por todos los que hemos nacido bajo este cielo cantado por él en inolvidables estrofas, y que aun hoy día su recuerdo es objeto de veneración y de amor para todas las almas tiernas y piadosas. Si alguna duda abrigara acerca de su mérito poético, me bastaría decir al que pretendiese negarle una larga vida en la memoria de

(1) Tal es la opinión del Sr. Pimentel en su Historia Crítica de la Literatura y de las Ciencias en Méjico.

las generaciones venideras: leed sus versos, y admirando al poeta, aprenderéis á amar al hombre. Si como se ha dicho, no hace muchos días, en la Academia Francesa, la mejor literatura es la que transportada á la vida real crea una noble vida, nosotros podemos decir que la poesía más sublime es la que, siendo el reflejo de un existencia honrada, ha servido para inspirar á los hombres nobles pensamientos y sentimientos tiernos y virtuosos.